

CONSERVANTISMO Y NEO-CONSERVANTISMO NORTEAMERICANO

por PAUL GOTTFRIED*

Definición

Cualquier intento de estudiar el movimiento conservador americano tiene que enfrentarse a un problema de definición. De hecho nunca ha existido en América un movimiento conservador teóricamente unificado con una visión de conjunto compartida por todos. En *The American Dissent* (1964), Jeffrey Hart dividía a los conservadores americanos en cinco diferentes categorías que iban desde los anarco-capitalistas y los libertarios, por un lado, a los tradicionalistas europeos por el otro. El problema que se plantea al decidir quién es conservador en los Estados Unidos fue subrayado por una proposición jocosa hecha en los años sesenta de que Russel Kirk (un tradicionalista burkeiano) y Milton Friedman (un capitalista individualista) deberían resolver juntos la cuestión. Los debates entre los autodenominados conservadores desde los años cincuenta indican la persistencia de un desacuerdo ideológico en la derecha americana.

El hecho de que el régimen americano sea en su mayor parte un producto de la "Era de la Razón" ha acrecentado el problema de una definición conservadora entre los americanos. Sin un *ancien régime*, o en su defecto la idea de uno, al que se puedan adherir los anti-modernistas, los conservadores americanos pueden parecer huérfanos de una "tradición" que no sea un proceso de cambio. Intelectuales progresistas como Lionel Trilling y Louis Hartz han declarado que el liberalismo es la única doctrina política y social compatible con la fundación de América. Además, algunos estadistas norteamericanos conservadores, encomiados por la derecha, como Robert Taft y Herbert Hoover, ensalzaron el clásico individualismo liberal. El historiador húngaro John Lukacs (un católico-conservador), basándose en las

PAUL GOTTFRIED; Director de la revista de Historia Política "*Continuity*" y Subdirector de la revista "*The World and I*".

declaraciones de algunos políticos conservadores americanos, se pregunta si aquellos que postulan un individualismo a ultranza tienen algún derecho al título de tradicionalistas.

La polémica Jaffa-Bradford

La pregunta de Lukacs se podría referir a *fortiori* al profesor Harry Jaffa de Claremont College, el cual en su ensayo del mismo título ha proclamado *la igualdad como un principio conservador*. La postura de Jaffa no es del todo contradictoria. Algunos conservadores americanos han encontrado su tradición en los principios en boga en el siglo XVIII de libertad individual y derechos naturales. Jaffa y sus discípulos como “su” tradición el igualitarismo, una más extrema forma de modernidad que el antiguo liberalismo, rastreado en la Declaración de Independencia (1). Además vinculan muchos autodenominados liberales a la gran tradición del pensamiento occidental. Su revista *The Claremont Review* ha presentado panegíricos de Franklin Roosevelt, Harry Truman, y Martín Luther King, Jr., todos los cuales han sido identificados con profundas verdades morales. La exclamación ¡sólo en América! podría ser una respuesta apropiada a las reivindicaciones conservadoras de Jaffa, porque sólo en América podría esta conquista ser tomada en serio. ¡En América la toman en serio! Este grupo está bien representado en los medios de opinión conservadores; y la revista *National Review* conservadora de la vieja guardia, ha presentado en repetidas ocasiones a Jaffa como un fiable intérprete de la historia americana.

En varios números de *Modern Age* se han publicado acaloradas polémicas entre Jaffa y el estudioso sureño M.E. Bradford. Este considera que América se desorientó por la cruzada moral contra la esclavitud que los abolicionistas levantaron contra el Sur. La furia que los protestantes de Nueva Inglaterra desencadenaron contra los derechos establecidos de los propietarios de esclavos sureños, presagiaba posteriores “causas justas”. Estas causas han empujado a América cada vez más en los brazos de reformadores en pie de guerra. Lincoln era presuntamente el prototipo del moderno revolucionario que recibió con albo-

(1) Es cierto que Jaffa ha “descubierto” indicios de sus doctrinas igualitarias en la Declaración de Independencia americana y en los libros centrales de la Política de Aristóteles. Ha reclamado de esa manera para sus enseñanzas una cierta verdad intemporal.

rozo la contienda civil como una oportunidad para desenraizar la injusticia. Aunque se puede discutir si éste era el punto de vista de Lincoln o no, está claro que es el de Jaffa, su defensor. Según Jaffa, la guerra civil fue una sangría sacramental y necesaria para volver a fundar la nación americana bajo el principio de la igualdad. La creación de América y el origen de la guerra civil, son los puntos en los que se hacen patentes las diferencias entre Jaffa y Bradford. Mientras Jaffa describe a los fundadores de la nación como consagrados demócratas, Bradford hace hincapié en las creencias liberales europeas y republicanas de la generación fundadora. Es de notar la importancia de estos debates en cuanto que arrojan luz sobre la naturaleza del conservantismo americano. Estas discusiones no son una mera exhibición o inculpación generalizada, sino que muestran lo lejos que está la derecha intelectual americana de un consenso filosófico.

Las diferencias Kirk-Meyer

En los años cincuenta y sesenta hubo otra confrontación entre los conservadores Russel Kirk y Frank Meyer. Meyer, que combinaba unas convicciones cristiano-libertarias con una personalidad combativa, escribió *In Defense of Freedom* (1962) para criticar a Kirk y a ciertos defensores neo-hegelianos de un Estado colectivista. La disputa entre Kirk y Meyer, que duró más de una década, fue muy sonora y a veces amarga. Yo, amigo de ambos, lamenté la intensidad de su desacuerdo que acabó por dividirlos a ellos y a sus discípulos. A pesar de todo, en retrospectiva, la manzana de la discordia que los separaba no era tan importante como pareció entonces. En comparación con la más reciente disputa entre Jaffa y Bradford, las diferencias entre Kirk y Meyer eran en realidad muy pequeñas. Ni Meyer era, como sus críticos mantenían, un anarco-capitalista, ni Kirk un defensor del Estado-providencia. Ambos hacían hincapié en la necesidad de un orden moral para la sociedad americana. En varios intercambios con el ateaista libertario Max Eastman en *National Review*, Meyer tronó contra el relativismo ético con tanto celo como desplegó su adversario tory, Russel Kirk, para defender los valores tradicionalistas. Por la misma razón Kirk, no menos que Meyer, condenó al moderno Estado burocrático como una máquina sin alma, e identificó la causa conservadora con

una revuelta “tory-bohemia” contra el homogeneizado mundo que la izquierda estaba creando por la fuerza.

El renacimiento del conservantismo

En la prosecución de estas tareas, los conservadores genuinos por nacimiento consiguieron el apoyo de emigrados de Europa Central, la mayor parte refugiados o víctimas de la tiranía nazi. Esos hombres advirtieron del peligro tanto de la izquierda totalitaria como del nazismo. Eric Voegelin, Friedrich Hayek, Ludwig Mises, Leo Strauss, Gerhart Niemeyer, Stefan Possony, Willi Schlam, Karl Wittfogel y yo mismo, éramos todos emigrados europeos que contribuimos al incipiente movimiento conservador americano de los años de la postguerra. El talento que caracterizó al movimiento transformó la derecha intelectual americana de un grupo de aislados críticos del Estado-providencia, en una fuerza que pasaría a ser tomada en cuenta por la izquierda. Desde luego, había diferencias entre los conservadores de los cincuenta, pero, como John Chamberlain ha señalado, esas diferencias coexistían con “un substancial acuerdo en los principios fundamentales”.

Este espíritu de cooperación se debió principalmente a *Modern Age* y *National Review*, ambas fundadas hacia la mitad de los cincuenta como puntos de contacto para conservadores intelectuales y como cauces de opinión. *Modern Age* reunía trimestralmente estudiosos y teóricos conservadores, mientras *National Review* —que llegó a tener más de 300.000 suscriptores— trataba bisemanalmente de los acontecimientos en curso. El historiador marxista Eugene Genovese ha expresado a regañadientes su admiración por la manera cómo la redacción de *National Review* dejaba de un lado las diferencias filosóficas intentando salvar un frente político unido. Los desacuerdos no eran tan profundos como el comentario de Genovese pudiera dar lugar a pensar. Casi todas las más importantes figuras agrupadas alrededor de *National Review* y de *Modern Age* estaban empeñadas en la lucha anticomunista, abogaban por una libertad ordenada, y criticaban los intentos gubernamentales de reforzar una igualdad social y material. Aunque *National Review* era confesionalmente ecuménica y su redactor religioso era un teólogo judío (aunque con fuertes simpatías cristianas) Will Herberg, era

también, según la opinión de sus críticos, católica militante. La denuncia —sin embargo con reservas— tenía bastante solidez. El catolicismo de la revista se debía más al *milieu* que a la doctrina. Entre los redactores de *National Review* estaban incluidos miembros de la inquebrantable familia católica Buckley y dos judíos con un poder de persuasión casi católico, Meyer y Schlam. Publicaba artículos de los monárquicos católicos, Otto von Habsburg y Eric von Kuehnelt-Leddhin, y de los sinceros tradicionalistas católicos Frederik Wilhemsen, Brent Bozeel y yo mismo. Estos escritores criticaban los postulados seculares y materialistas del capitalismo democrático y, junto con los regionalistas sureños, rechazaban enfáticamente los aspectos modernistas de la sociedad americana. La teología moral expresada en *National Review* en alguna ocasión molestó a su más mundano redactor James Burnham. Max Eastman, que puso reparos al “autoritarismo eclesiástico pre-liberal” de Frank Meyer, finalmente pidió ser relevado de la dirección. A pesar de todo, las simpatías católicas de *National Review* antes de los años setenta, atestiguan una importante verdad. Aunque nuestra época pueda lamentarse de lo que George Orwell llamaba “malolientes pequeñas ortodoxias”, ningún gran movimiento puede funcionar en el vacío moral y filosófico. El conservantismo intelectual americano ha intentado durante, al menos, los últimos quince años, refutar esta sentencia sin éxito.

La evolución del conservantismo

Los conservadores americanos se quejan ahora frecuentemente de que *National Review* está en decadencia. Su actual equipo de redacción no es tan distinguido intelectualmente como la generación fundadora antes descrita. Pero lo que se echa de menos tanto en *National Review* como en *American Spectator*, y en otras publicaciones conservadoras de amplia difusión, es en sentido de la perspectiva. Aunque estas revistas critican la política fiscal y exterior de la izquierda, creo que la derecha intelectual americana es, en su mayor parte, filosóficamente indistinguible de la izquierda democrática. Por ejemplo, Sidney Hook, miembro titular de la supuestamente conservadora “*Hoover institution*”, es un apasionado ateo socialista y un declarado admirador de Marx. Su colega en la “*Hoover Institution*”, Seymour Martin Lipset, es un socialdemócrata.

Es un hecho fácilmente confirmable que ni *National Review* ni *American Spectator* están tan cerca de la derecha como lo estuvieron hace doce años. No solamente han hecho esas revistas la paz con el Estado-providencia e incluso publicado comentarios favorables al movimiento feminista, sino que también han reemplazado a muchos de sus escritores conservadores de la vieja guardia por neo-conservadores más jóvenes. En 1975 el redactor jefe del *American Spectator* rechazó un ensayo mío sobre el giro hacia la izquierda del conservantismo americano. En la carta en la que rehusaba mi trabajo aludía a mi indiscreción. Aunque durante los años inmediatamente anteriores había publicado en su revista muchos trabajos míos, nunca más me pidieron mi colaboración para *American Spectator*. Otros conservadores conocidos míos que habían escrito para *National Review* tuvieron una experiencia similar. También ellos fueron las víctimas de la decisión de una revista conservadora de inclinarse hacia la izquierda.

Los tradicionalistas americanos y algunos libertarios de una generación más vieja, se quejan de que la derecha americana ha sido invadida por los neo-conservadores. Durante los últimos diez años los más respetados y más generosamente subvencionados críticos de la izquierda han sido los que todavía se identifican con la reforma política y social americana que se produjo hasta los años sesenta. La mayoría de esos neo-conservadores aún defienden el Estado-providencia; ellos y sus revistas *Commentary* y *The Public Interest*, están íntimamente vinculados a una élite endogámica, judía, asentada en Nueva York y **visceralmente** democrática. Mientras esta élite es sospechosa de etnocentria, se muestra a veces abiertamente desdeñosa con la etnia y los sentimientos regionales de otros grupos. Por ejemplo, hace dos años un cierto número de neo-conservadores reaccionaron violentamente contra la candidatura de la administración Reagan de M. E. Bradford para la dirección de "National Endowment for the Humanities" (Fondo Nacional para las Humanidades). Sus extensos ataques, que llegaron al *Wall Street Journal*, no solamente acometieron contra la reputación profesional de Bradford; estos ataques condenaban de una manera más general a todos los sureños que se negasen a repudiar su herencia regional, que era equiparada a opresión racial. A pesar

de su arrogancia y de su provincialismo, los neo-conservadores han ayudado a la derecha americana al intentar alentar al público sobre la perversidad del sistema soviético. Por medio del "Comité para un mundo libre" los neo-conservadores han difundido el peligro que representa para todo Occidente la agresión comunista. Además, los neo-conservadores Midge Decter e Irving Kristol se han opuesto con paciencia y perseverancia a los ataques que la burocracia y los medios de comunicación han desencadenado en Estados Unidos contra la moral tradicional familiar.

La derecha americana presenta signos mucho más inquietantes que los éxitos de los neo-conservadores, por ejemplo, el incremento de la orientación pragmática en las fundaciones "conservadoras". Desde hace algún tiempo las más importantes y poderosas instituciones de esta clase —"American Enterprise Institute", "Heritage Foundation" y "Hoover Institution"— dedican una atención preferente a los problemas técnicos planteados por la política en detrimento de las cuestiones filosóficas y teóricas. Esta ha sido una decisión deliberada como es el caso de "Heritage Foundation" que ha optado por dedicar su publicación periódica *Policy Review* exclusivamente a la política (generalmente económica) del gobierno. Los periódicos de opinión distribuidos por "Heritage Foundation" están generalmente redactados en una aséptica jerga administrativa, acompañada de abundantes gráficos y estadísticas. Hay juicios de valor implícitos en los planteamientos políticos de las instituciones "conservadoras" americanas, como el apoyo a una economía no intervenida por el gobierno, pero incluso esta generalización está sujeta a reservas. Por lo menos, la mitad de los miembros titulares de la *Hoover Institution* son partidarios decididos del Estado-providencia; algunos de éstos como indicamos antes se declaran social-demócratas. El redactor jefe de *Policy Review* es un libertario que ha expresado simpatías por el movimiento feminista. El redactor jefe de *Public Opinion*, publicación periódica del "American Enterprise Institute", Ben Wattenberg, es otro apasionado defensor del Estado-providencia que identifica el pasado con pobreza e injusticia social. Este desprecio hacia el pasado es un tema recurrente en los escritos de Wattenberg y en varios programas de televisión en los que

presentó su visión de América. Hay que señalar que “Intercollegiate Studies Institute” que publica *Modern Age*, ha perdido terreno respecto a otras instituciones “conservadoras” más recientes, tanto en presupuesto como en influencia. Quizás porque tomó la admirable pero económicamente mala decisión de apoyar en primer término los estudios de teoría del conservantismo.

La radicalización de la izquierda

Aunque la actual confusión doctrinal de la derecha intelectual americana es ciertamente chocante, no creo que sean los conservadores o neo-conservadores americanos los principales responsables. La inteligencia conservadora y sobre todo la neo-conservadora tiene que bailar en parte al son que toca la izquierda. Para comprender la evolución de la derecha intelectual americana durante los últimos veinte años, hay que fijarse en el crecimiento y radicalización de la izquierda americana durante el mismo periodo de tiempo. El “Carnegie Institute” los sociólogos S. Robert Lichter y Stanley Rothman, y los datos estadísticos publicados por el “American Enterprise Institute” y por la publicación *This World*, todos coinciden en afirmar que la inmensa mayoría de los profesores universitarios de humanidades sociales, las empresas de comunicación y espectáculos, los estudiantes especializados y los estudiantes de periodismo son izquierdistas. Hay que fijarse sobre todo en que la izquierda moderada americana desde los años sesenta ha virado abruptamente en una dirección radical. Mientras que la tradicional izquierda moderada fue en tiempos, incluyendo “Americans for Democratic Action”, firmemente antisoviética y anti-comunista, hoy en día los más destacados candidatos demócratas a la presidencia cederían gustosamente América Latina a los comunistas. Gary Hart, Walter Mondale y, sobre todo, Jesse Jackson echan la culpa de la inestabilidad política de Centroamérica a la pobreza y al hambre más que a la infiltración cubano-soviética. Todos ellos manifiestan el giro abrupto hacia la izquierda que tuvo lugar en el partido demócrata con la denominación de George McGovern 1972. Los demócratas cuyos afiliados superan a los del partido republicano en la proporción de 2 a 1, han sido completamente ganados por su ala radical. Esta ala iz-

quierdista domina las primarias y las convenciones, y disfruta del todopoderoso apoyo de los medios de comunicación. Todos los candidatos presidenciales demócratas de algún peso tienen que prometer retirar las fuerzas armadas americanas de cualquier objetivo ante la infiltración soviética. Tienen que acusar al “complejo militar-industrial” americano y a su “imperialismo” para explicar la pobreza del tercer mundo. Los candidatos presidenciales demócratas hacen rutinariamente promesas imprudentes a las minorías radicales: cupos de contratación subvencionados por el gobierno para negros, hispánicos y mujeres; acciones de castigo contra Sudáfrica y de apoyo a las dictaduras izquierdistas en cualquier otro punto de Africa; utilización del poder del gobierno para crear una sociedad unisex; y compensaciones especiales para los homosexuales como supuestas víctimas de la moralidad judeo-cristiana. Irving Kristol escribió en el *Wall Street Journal* el 29 de marzo de 1984: “En los últimos 15 años el liberalismo americano ha dado un paso claro hacia la izquierda a medida que se ha ido haciendo cada vez más visible el agotamiento de su tradicional agenda liberal. Su carácter pragmático ha disminuido, sus pasiones ideológicas se han exacerbado, y como resultado, el vehículo político del liberalismo americano, el partido demócrata, se ha hecho cada vez más irresponsable”.

Las concesiones de la derecha

La radicalización de la inteligencia americana y del partido demócrata, como el vehículo escogido para el cambio, también ha afectado al partido republicano, a menudo considerado como una coalición de hombres de negocios y de granjeros. El ala izquierda del partido republicano apoya la política demócrata salvo en un caso. Algunos congresistas republicanos del ala liberal —como los senadores Lowell Weicker y Charles Percy— se apartan en ocasiones de sus colegas y votan a favor del mundo de los negocios. Los republicanos liberales son, sin embargo, tan laicos militantes, profeministas y previsiblemente débiles ante los agresores comunistas como los demócratas.

Los republicanos conservadores también han intentado algunas veces pacificar a la omnipresente izquierda. En octubre

de 1983, la mayoría de los congresistas republicanos votaron a favor de convertir el cumpleaños de Martin Luther King en una de las dos fiestas federales para honrar a los grandes americanos. La otra festividad de esta clase, que ahora se ha convertido en el ambiguo Día del Presidente, fue establecida para honrar al fundador de nuestro país George Washington. El cumpleaños de Washington, el 22 de febrero se ha fundido recientemente con la celebración del cumpleaños de Lincoln (nacido el 12 de febrero de 1809). Aunque el Día del Presidente no coincide ni con el cumpleaños de Washington ni con el de Lincoln, tal descuido no permite tibieza alguna que desluzca nuestra nueva fiesta federal. Desde hace algunos años, los medios de comunicación vienen celebrando el cumpleaños de King con gran estridencia y utilizan la ocasión para recordar las varias injusticias sociales contra las que King luchó. Aunque King incitó a la desobediencia civil para cambiar cualquier ley que le desagradara (fue asesinado mientras organizaba una huelga ilegal entre los basureros lo que no tenía nada que ver con los derechos civiles de los negros), los congresistas conservadores como el diputado Jack Kemp, el senador Strom Thurmond y el senador Jeremy Denton, todos ellos votaron a favor de convertir su cumpleaños en una fiesta federal. Aunque King se había rodeado de consejeros comunistas, y vilmente había elogiado a los Estados totalitarios negros en África, los republicanos conservadores en el gobierno, con unas pocas excepciones, superaron incluso a sus adversarios en el empeño de elevarle a la categoría de santo nacional.

Me resisto a creer que tal comportamiento nazca del intento de los políticos conservadores de conseguir el apoyo de los votantes negros. Es ésta una posibilidad tan remota que sería mejor buscar las explicaciones en otra parte. Los conservadores que apoyaron la fiesta de King seguramente actuaban en respuesta a la agitación enfebrecida, a menudo histérica, que propagaban los medios de comunicación. Fueron esos medios de comunicación y los sectores oficiales de la educación los que clamaron con más insistencia por la nueva fiesta. Este clamor no respondía al simple deseo de honrar a cualquier famoso negro americano como un gesto de amistad hacia la comunidad negra. El "Establishment" liberal deseaba canonizar a un negro

radical que personificaba sus propios puntos de vista, debilidad ante el comunismo y simpatía hacia las dictaduras del tercer mundo; y utilizó a unos conservadores asustados (entre otros) para lograr sus fines.

La derecha americana es culturalmente débil y, por lo tanto, políticamente también. Los conservadores “respetables” reciben esta etiqueta de sus enemigos que también tienen la potencia de retirársela. Aunque los neo-conservadores incluyen en sus filas algunos periodistas y analistas políticos de talento, el que tengan un prestigio mayor y unos recursos financieros también mayores que los conservadores tradicionales no indica necesariamente que sean intelectualmente superiores. La derecha americana de orientación teórica más conservadora todavía incluye pensadores que pertenecieron al renacimiento conservador de los años cincuenta, junto con los numerosos discípulos influidos por la generación fundadora. Un joven amigo mío, seguidor de James Burnham, acaba de publicar una biografía de su mentor, junto con una implícita crítica de los derechos humanos desde una perspectiva histórica conservadora. El autor se ha visto obligado a publicar su trabajo, vigoroso y riguroso, en una oscura editorial; la obra ha sido ignorada a conciencia por los críticos izquierdistas y neo-conservadores. Las razones de esta situación son obvias Burnham, que atacó el universalismo abstracto en nombre de hombres históricos concretos, hoy en día está más allá del consenso en el que se celebran los debates entre la izquierda y los neo-conservadores. El repetido consejo de Burnham de que Occidente tenía que buscar la liberación de los súbditos del imperio soviético, le coloca a la derecha de los parámetros actuales en los debates de la guerra fría. La izquierda condena, por considerarla excesiva, la poco entusiasta respuesta de la América de la postguerra a las agresiones soviéticas en la Europa del Este y Central; la derecha “respetable”, es decir tolerada, puede con una cierta indulgencia por parte de la izquierda, defender las pocas medidas contra los soviéticos tomadas por la administración Truman. No es necesario explicar que un actual defensor de Burnham, como mi frustrado amigo, no puede tener un lugar reconocido en el pacto mercado de las ideas.

Un emigrado polaco, Leopold Trymand, dice: “La izquierda americana se quedará con todo mientras los tradicionales no desafíen su control de la cultura”. Trymand ha sugerido que para conseguir ese objetivo es necesario crear una cultura conservadora “media”. Teóricamente conservadores recientes como Friedrich Hayek, Leo Strauss y Eric Voegelin, requerían un esfuerzo intelectual excesivo de sus lectores. “*Moral Majority*”, por el contrario, que invoca Fe religiosa y patriotismo, es considerada vulgar, según Trymand. “*Moral Majority*” y su réplica política “*American New Right*” aunque hacen un llamamiento sincero a profundos valores morales y sociales, tienen unos portavoces que dan desgraciadamente una imagen anti-intelectual. No pueden, por lo tanto, hacer incursiones en la clase media urbana más adecuada y culturalmente consciente.

¿Pero qué es lo primero, el huevo o la gallina? ¿Considera, la radicalizada clase media, que es repulsiva la moralidad bíblica porque la predica un predicador de Oklahoma en un traje de poliéster? O bien, ¿considera la clase media urbana más vulgar al predicador de Oklahoma que a una estrella sodomita del rock precisamente porque el predicador defiende la moralidad tradicional? Realmente desconozco la respuesta. Aunque suficiente para hacer de nuevo atractivos los valores conservadores más evidentes a aquellos que apoyan el “actual” estilo de vida americano.

Conclusión

Estoy completamente de acuerdo con Trymand en la cuestión principal: el impacto de la cultura en la política. Pero de nuevo el problema es la cuadratura del círculo. ¿Cómo inducir a una cultura izquierdista y a menudo nihilista, a que patrocine y financie a escritores, artistas y académicos conservadores y conseguir así romper el dominio que ejerce la izquierda sobre el conocimiento y las artes? Los conservadores pueden apoyar sus propias actividades culturales, pero a menos que esas actividades consigan atraer a un público más amplio (lo que ha ocurrido muy raramente en los últimos tiempos) solamente los conservadores irán a las representaciones teatrales o leerán los poemas de otros conservadores. Además, incluso los hombres